

El aliento del cielo

y otros relatos de amor

Carson McCullers



CARSON MCCULLERS
EL ALIENTO DEL CIELO Y OTROS RELATOS DE AMOR

Carson McCullers

El aliento del cielo y otros relatos de amor



Carson McCullers

Lula Carson Smith, más conocida como Carson McCullers, nació en Columbus, Georgia, el 19 de febrero de 1917. Fue una novelista, cuentista, poeta, dramaturga y ensayista estadounidense.

Luego de publicar su primera novela, *El corazón es un cazador solitario,* se ganó el apelativo de «niña prodigio de la literatura americana». En esta obra, McCullers explora el drama de la incomunicabilidad: la soledad del sordomudo Singer, figura de rara intensidad simbólica por ser representativa de la imposibilidad misma de comunicar, es un reflejo de la de los personajes que lo eligen como destinatario de sus distintos desahogos verbales.

En 1941, se publica *Reflejos en un ojo dorado*, estudio sobre la homosexualidad y sobre los tortuosos caminos de un eros desviado que le fue reprochado de forma general por la crítica de la época debido a su sensacionalismo «gótico» y a la implícita celebración de lo irracional. En 1946, vio la luz *Franckie y la boda*, historia de una adolescente que, atormentada por la soledad y dividida entre el miedo y el ansia de medirse con la realidad, se hace ilusiones de poder compartir la nueva vida conyugal de su hermano.

La soledad es también el motivo central de los cuentos reunidos en *La balada del café triste* (1951), que deja al lector la desalentadora impresión de que cualquier intento de reunión entre opuestos resulta imposible.

Muere el 29 de septiembre de 1967 en el Hospital de Nyack en Nueva York.

El aliento del cielo y otros relatos de amor
Carson McCullers

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Asesor de investigación: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: Alvaro Emidgio Alarco Rios
Corrección de estilo: Margarita Erení Quintanilla Rodríguez
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

POLDI

La lluvia helada que empezó a caer cuando solo le faltaba una manzana para llegar al hotel, dejó sin color las luces que se encendían por entonces a lo largo de Broadway. Hans fijó la mirada en el letrero del *Colton Arms*, escondió unas hojas pautadas bajo el abrigo y apresuró el paso. Al entrar en el sombrío vestíbulo de mármol, su respiración se había convertido en jadeo y la partitura estaba arrugada.

Sonrió distraídamente al rostro que apareció ante él.

—Tercera planta esta vez.

Siempre se adivinaba la opinión del ascensorista sobre los huéspedes permanentes del hotel. Cuando aquellos por los que sentía el máximo respeto salían en sus pisos respectivos mantenía abierta la puerta unos instantes más en actitud untuosa. Hans tuvo que saltar disimuladamente para que la puerta corredera no le pellizcara los talones.

Poldi…

Se detuvo, inseguro, en el corredor mal iluminado. Del fondo le llegó el sonido de un violonchelo que tocaba

una serie de frases descendentes que caían una sobre otra sin orden ni concierto, como un puñado de canicas derramándose escaleras abajo. Avanzó hasta la habitación donde sonaba la música y se detuvo un momento delante de la puerta, donde, con una chincheta, estaba clavada una nota escrita con letra temblorosa.

«POLDI KLEIN
Se ruega no molestar durante los ensayos»

La primera vez que vio aquel escrito, recordó Hans, tenía faltas de ortografía.

La calefacción del hotel apenas calentaba; los pliegues de su abrigo olían a húmedo y dejaban escapar vaharadas de frío. Recostarse sobre el radiador, caliente solo a medias, junto a la ventana del fondo, no le proporcionó ningún alivio.

Poldi: ¡he esperado tanto tiempo! ¡Y he recorrido tantas veces este pasillo mientras terminabas, pensando en las palabras que quiero decirte! *Gott*! Qué preciosa…, como un poema o un lied de Schumann. Empezar así. Poldi…

La mano de Hans se deslizó por el metal oxidado. Cálida, Poldi lo era siempre. ¡Qué no daría por estrecharla entre sus brazos!

«Hans, sabes que los otros no han significado nada para mí. Joseph, Nikolay, Harry…, todos los hombres que he conocido. Y este Kurt… *solo tres veces no era posible que ella*… del que he hablado esta última semana… ¡Bah! No son nada todos ellos».

Hans se dio cuenta de que sus manos habían aplastado la música. Al mirar hacia el suelo vio que la última hoja, violentamente coloreada, estaba húmeda y desteñida, pero que a la partitura no le había pasado nada. Material de mala calidad. Qué se le iba a hacer…

Paseó de un extremo a otro del pasillo, restregándose la frente llena de granos. El violonchelo runruneó hacia las alturas en un confuso arpegio. Aquel concierto, el de Castelnuovo-Tedesco, ¿cuánto tiempo iba a seguir ensayándolo? Hans se detuvo y tendió la mano hacia el picaporte. No; se acordó de la vez que entró y Poldi lo miró…, lo miró y dijo…

La música le bailaba, exuberante, en la cabeza. Los dedos se le movieron mientras trataba de transcribir la partitura orquestal al piano. Ahora Poldi estaría inclinada hacia adelante, las manos deslizándose sobre el mástil.

La luz amarillenta de la ventana dejaba a oscuras la mayor parte del corredor. Con un impulso repentino Hans se arrodilló y trató de ver el interior de la habitación por el ojo de la cerradura.

Solo la pared y el rincón; debía de estar junto a la ventana. Únicamente la pared, con su hilera de fotografías de famosos (Casals; Piatigorsky, el chelista de su país que más le gustaba; Heifet), un par de tarjetas del día de San Valentín y felicitaciones de Navidad metidas entre las fotos. Cerca estaba el cuadro llamado *Aurora*, de la mujer descalza alzando una rosa, con el sucio sombrero de papel rosado que le dieron en el cotillón del último fin de año y que ella había colocado encima.

La música alcanzó un *crescendo* y concluyó con unos cuantos golpes rápidos. *Ach*! El último, un cuarto de tono desafinado. Poldi…

Se puso en pie deprisa y, antes de que el ensayo continuara, llamó a la puerta.

—¿Quién es?

—Yo… Hans.

—Está bien. Pasa.

Iluminada por la luz insuficiente de la ventana que daba al patio y con las piernas muy separadas para sujetar el violonchelo, Poldi alzó las cejas, expectante, y dejó caer el arco al suelo.

Los ojos de Hans se pegaron a los hilos de lluvia en el cristal de la ventana.

—Solo he venido para enseñarte la nueva canción de moda que vamos a tocar esta noche. La que tú sugeriste.

Poldi se tiró de la falda que se le había subido por encima del elástico de la media y el gesto atrajo la mirada de Hans. Las pantorrillas se le marcaban mucho y tenía una pequeña carrera en una media. A Hans los granos de la frente se le enrojecieron todavía más y de nuevo miró furtivamente a la lluvia en la ventana.

—¿Me has oído ensayar desde fuera?

—Sí.

—Dime, Hans, ¿sonaba espiritual, te ha parecido que la música cantaba y que conseguía elevarte a un plano superior?

Tenía la cara encendida y una gota de sudor le descendió por el pequeño surco entre los pechos antes de desaparecer bajo el escote del vestido.

—Sí-í.

—Yo también lo creo. Estoy convencida de que he profundizado mucho en mi manera de tocar durante el último mes —Se encogió de hombros en un gesto de sinceridad—. La vida me hace esas cosas; me sucede siempre que me pasa algo así. Aunque nunca tanto como ahora. Solo después de sufrir tocas de verdad.

—Eso es lo que dicen.

Poldi lo miró un momento con insistencia, como si esperase una confirmación más enérgica, y luego torció la boca disgustada.

—El roce, Hans, me está volviendo loca. Conoces esa cosa en mi de Fauré; el caso es que la partitura repite esa nota una y otra vez y casi me empuja a la bebida. Llego a tenerle miedo al mi, que destaca de una manera terrible. Qué se le va a hacer; aunque la próxima cosa que prepare estará probablemente en esa tonalidad… No, eso no serviría de nada. Además, el arreglo costaría un buen pico y tendría que dejarles el violonchelo unos cuantos días y ¿qué usaría yo? ¿Exactamente qué, me lo quieres decir?

Cuando Hans ganara dinero de verdad, Poldi podría tener…

—No se nota mucho.

—Es una vergüenza, si quieres saberlo. Gente que toca rematadamente mal tiene buenos violonchelos y yo ni siquiera dispongo de uno decente. No es justo que deba conformarme con un roce como ese. Echa a perder mi manera de tocar… Te lo puede decir cualquiera. ¿Cómo voy a sacar un buen sonido de esa caja de zapatos?

Una frase de la sonata que estaba aprendiendo le entró y salió a Hans de la cabeza. «Poldi…» ¿De qué se trataba ahora? Te quiero, te quiero.

—¿Y por qué me molesto, de todos modos, con este trabajo miserable que tenemos?

Se levantó con un gesto teatral y apoyó el instrumento en el rincón más cercano. Cuando encendió la lámpara, el brillante círculo de luz provocó sombras que seguían las curvas de su cuerpo.

—Escucha, Hans, estoy tan angustiada que me dan ganas de gritar.

La lluvia salpicaba la ventana. Hans se restregó la frente y vio cómo Poldi iba y venía por el cuarto. De repente se fijó en la carrera de la media y, con un silbido de desagrado, se mojó un dedo con saliva y se inclinó para trasladar la humedad al extremo inferior de la carrera.

—Nadie tiene tantos problemas con las medias como las chelistas. ¿Y para qué? Por una habitación en el hotel y cinco dólares tengo que tocar tres horas de basura todas las noches de la semana. Necesito comprarme dos pares de medias al mes. Y si una noche solo les enjuago los pies, a la parte de arriba se le hacen carreras de todos modos.

Agarró unas medias que colgaban al lado de un sujetador en la ventana y, después de quitarse las que llevaba puestas, empezó a ponerse las nuevas. Tenía unas piernas muy blancas en las que destacaban algunos pelos oscuros. Y venas azules cerca de las rodillas.

—Perdóname, ¿no te importa, verdad que no? Te veo como mi hermano pequeño, en casa de mis padres. Y nos despedirán si bajo a tocar con medias como esas.

Hans se quedó junto a la ventana y examinó la pared del edificio vecino, desdibujada por la lluvia. Justo frente a él, en el alféizar de una ventana, había una botella de leche y un bote de mayonesa. Debajo alguien había colgado algo de ropa para secarla y se había olvidado de recogerla; las prendas ondeaban tristemente agitadas por el viento y la lluvia. «Hermano pequeño». ¡Lo que le faltaba!

—Y vestidos —continuó Poldi, quejosa—. Todo el tiempo estallan por las costuras porque tienes que separar las rodillas. Pero antes todavía era peor. ¿Me conocías ya cuando todo el mundo llevaba unas faldas muy cortas, y yo lo pasaba tan mal tratando de ser modesta cuando

tocaba, sin perder por ello el estilo? ¿Me conocías entonces?

—No —respondió Hans—. Hace dos años los vestidos eran más o menos como ahora.

—Sí, fue hace dos años cuando nos conocimos, ¿no es cierto?

—Estabas con Harry después del con…

—Escucha, Hans. —Se inclinó hacia adelante y lo miró, imperiosa. La tenía tan cerca que su perfume le llegó con fuerza a las ventanas de la nariz—. He estado como loca todo el día. Es por él, ya sabes.

—¿Quién?

—Sabes perfectamente de quién hablo. De él, ¡de Kurt!, Hans, me quiere, ¿no te parece?

—Pero, Poldi…, ¿cuántas veces lo has visto? Apenas se conocen —Kurt la había dejado plantada en casa de los Levin cuando ella elogiaba su trabajo y…

—¿Qué importa que solo haya estado tres veces con él? Eso tendría que preocuparme a mí. Pero lo que cuenta es cómo me miró y su manera de hablar de mi interpretación. Tiene un alma extraordinaria. Se nota en su música. ¿Has oído alguna vez la sonata *Marcha fúnebre* de Beethoven tan bien interpretada como aquella noche?

—Estuvo bien…

—Le dijo a la señora Levin que yo tocaba con mucho temperamento.

No era capaz de mirarla; sus ojos grises siguieron enfocados en la lluvia.

—¡Es tan *gemütlich*! *Ein Edel Mensch*! Pero, ¿qué posibilidades tengo? ¿Eh, Hans?

—¡Qué sé yo!

—No pongas esa cara tan difícil. ¿Qué harías tú?

Hans trató de sonreír.

—¿Has… has sabido algo de él, te ha telefoneado o te

ha escrito?

—No…, pero estoy segura de que solo es una cuestión de delicadeza. No quiere que yo me ofenda ni que lo rechace.

—¿No se va a casar con la hija de la señora Levin la primavera próxima?

—Sí. Pero es una equivocación. ¿Qué tiene que ver Kurt con una vaca como esa?

—Pero, Poldi…

Ella se alisó el pelo por detrás, alzando los brazos por encima de la cabeza de manera que sus amplios pechos se tensaron y los músculos de las axilas se marcaron por debajo de la delgada seda del vestido.

—En su concierto, ¿sabes?, tuve la impresión de que estaba tocando solo para mí. Me miró directamente cada vez que saludaba. Esa es la razón de que no respondiera a mi carta; tiene demasiado miedo a herir a alguien y además siempre me puede decir lo que quiera mediante su música.

En el flaco cuello de Hans la marcada nuez subió y bajó mientras tragaba.

—¿Le escribiste?

—Tuve que hacerlo. Una artista no puede contener la cosa más grande que le sucede.

—¿Qué le decías?

—Le dije lo mucho que lo quería; eso fue hace diez días, una semana después de que lo viera en casa de los Levin.

—¿Y no ha contestado?

—No. Pero, ¿es que no te das cuenta de lo que siente? Yo sabía que iba a reaccionar así, de manera que anteayer le mandé otra nota diciéndole que no se preocupara, que seré siempre la misma.

Hans se alisó maquinalmente con los dedos el nacimiento del pelo.

—Pero, Poldi…, ha habido tantos…, y eso solo desde que te conozco.

—Se levantó y posó un dedo sobre la fotografía inmediata a la de Casals.

El rostro le sonreía. Los labios eran gruesos y estaban coronados por un bigote oscuro. En el cuello tenía una manchita redonda. Dos años antes, Poldi se la había señalado infinidad de veces, explicándole que el sitio donde se colocaba el violín estaba siempre de color rojo furioso. Y contándole además cómo ella se lo acariciaba con el dedo, cómo había decidido llamarlo «Mala Suerte del Violinista» y cómo entre los dos habían acabado por dejarlo en «Mala». Durante unos momentos, Hans se quedó mirando aquella marca poco precisa en la fotografía, preguntándose si estaba de verdad en el retratado o era sencillamente consecuencia de las muchas veces que Poldi le había puesto el dedo encima para mostrárselo.

Los ojos del violinista lo examinaban con mirada penetrante y oscura. Hans notó que le fallaban las rodillas; volvió a sentarse.

—Dime, Hans, me quiere… ¿no te parece? ¿No crees que me quiere de verdad, pero está esperando a tener la

seguridad de que es el buen momento para responder? , ¿verdad que sí?

Una niebla ligera parecía recubrir todos los objetos de la habitación.

—Sí —respondió despacio.

La expresión de Poldi cambió.

—¡Hans!

Se inclinó hacia adelante, estremecido.

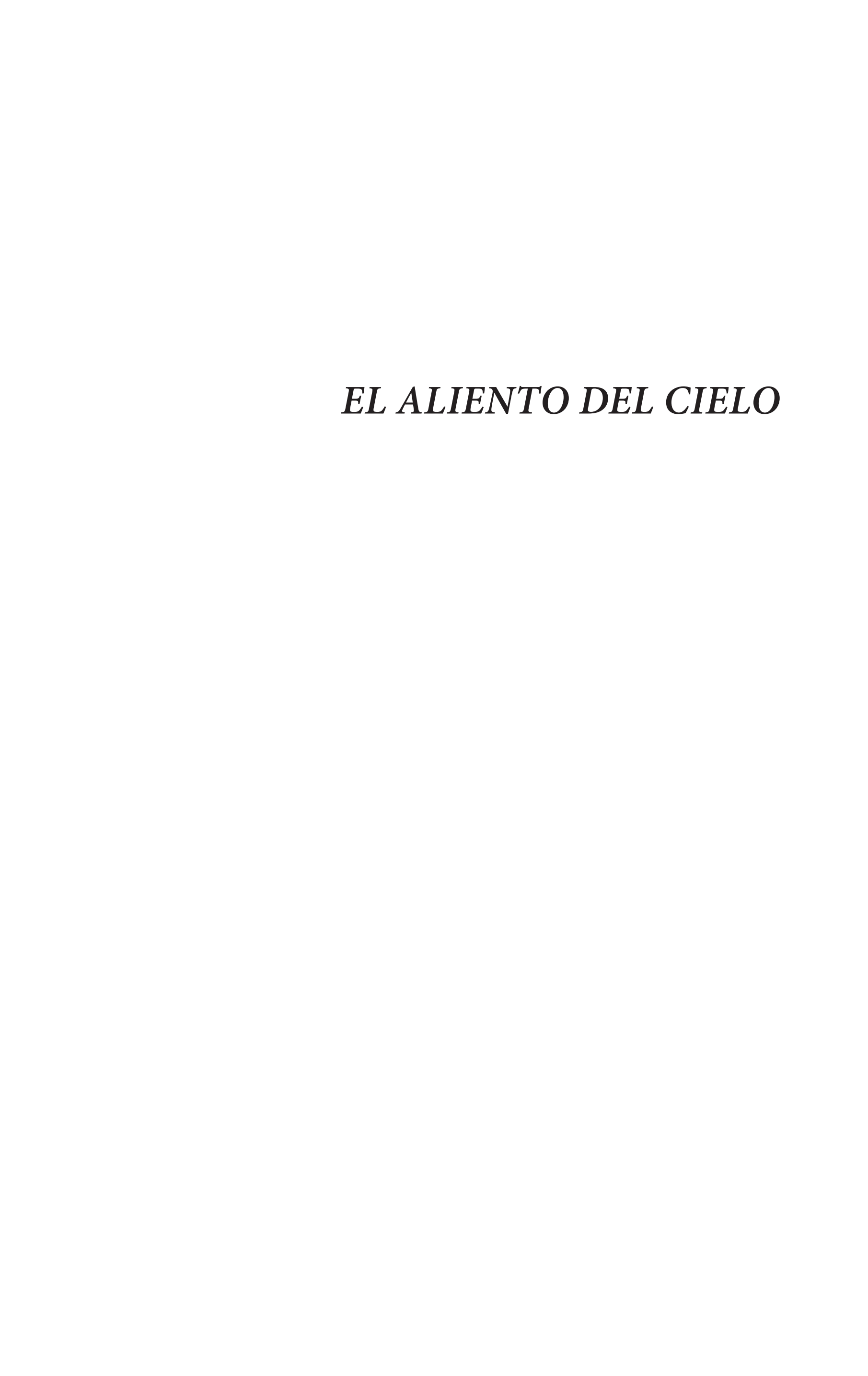
—Tienes un aspecto muy raro. Se te mueve la nariz y te tiemblan los labios como si estuvieras a punto de llorar. ¿Qué…?

Poldi…

Una risa repentina se mezcló con el inicio de su pregunta:

—Te pareces a un gatito muy raro que tenía mi papá.

Hans se fue rápidamente hacia la ventana para que Poldi no le viera la cara. La lluvia todavía se deslizaba cristal abajo, plateada, opaca a medias. Se habían encendido las luces del edificio vecino y brillaban suavemente en el atardecer gris. *Ach*! Hans se mordió el labio. En una de las ventanas parecía que una mujer, alguien como Poldi, estaba en brazos de un hombre alto y fuerte de pelo oscuro. Y en el alféizar de la ventana de enfrente, junto a la botella de leche y al tarro de mayonesa, había un gatito rubio a merced de la lluvia. Despacio, Hans se frotó los ojos con los nudillos huesudos.



EL ALIENTO DEL CIELO

Su rostro joven y afilado examinó, durante algún tiempo, con gesto insatisfecho, el suave azul del cielo que orlaba el horizonte. Luego, con un estremecimiento de la boca, abierta, descansó de nuevo la cabeza sobre la almohada, se inclinó el jipijapa sobre los ojos y se quedó inmóvil sobre la tumbona de lona a rayas. Sombras ajedrezadas se agitaban sobre la manta que cubría su delgado cuerpo. En los arbustos de reina de los prados, que a poca distancia multiplicaban sus flores blancas, se oía el zumbido de las abejas.

Constance se adormiló por un momento. La despertó el olor asfixiante de la paja caliente del sombrero y la voz de la señorita Whelan.

—Vamos. Aquí tienes tu leche.

Del aturdimiento provocado por el sueño surgió una pregunta que Constance no se proponía hacer, sobre la que ni siquiera había estado pensando de manera consciente.

—¿Dónde está mi madre?

La señorita Whelan sostenía la botella refulgente en sus manos regordetas. Al verterla, la leche hizo una

espuma blanca bajo la luz del sol y adornó el vaso de escarcha cristalina.

—¿Dónde…? —repitió Constance, dejando que la palabra se deslizase con su escasa emisión de aliento.

—En algún sitio con tus hermanos. Mick ha armado un alboroto esta mañana sobre trajes de baño. Imagino que han ido al centro a comprarlos.

¡Qué alto hablaba! Lo bastante alto para destrozar las frágiles floraciones de reina de los prados, de manera que miles de diminutos pétalos caerían flotando, en un mágico caleidoscopio de blancura. Blancura silenciosa. Para que ella solo viera las ramas desnudas, espinosas.

—Apuesto a que tu madre se sorprende cuando te vea aquí fuera.

—No —susurró Constance, sin saber la razón de su negativa.

—Yo pensaría que sí. Tu primer día al aire libre y todo eso. Por mi parte, no pensaba que fueras a convencer al médico para que te dejara salir. Sobre todo después de lo mal que lo pasaste anoche.

Constance miró fijamente la cara de la enfermera, la amplitud de su cuerpo vestido de blanco, sus manos plácidamente cruzadas sobre el estómago. Y luego de nuevo su cara, tan rosada y rolliza… ¿Por qué no le resultaban incómodos el peso y el color brillante? ¿Por qué no se le caía a veces cansadamente sobre el pecho?

El odio hizo que le temblaran los labios y que su respiración se hiciera más superficial, más agitada.

Al cabo de un momento dijo:

—Si puedo hacer casi quinientos kilómetros la semana que viene, todo el camino hasta *Mountain Heights*, supongo que no me hará daño pasar un ratito en mi propio jardín.

La señorita Whelan movió una mano regordeta para apartarle a Constance el pelo de la cara.

—Vamos, vamos —dijo plácidamente—. El aire de allá arriba será la solución. No seas impaciente. Después de una pleuresía debes tomártelo con calma y tener cuidado.

Constance apretó los dientes con fuerza. «No permitas que llore», pensó. «Por favor, no permitas que esta mujer me vuelva a ver nunca cuando estoy llorando. No dejes que me mire ni que me vuelva a tocar. Por favor, no. Nunca jamás».

Cuando la enfermera se alejó con toda su gordura a través del césped y volvió a entrar en la casa, Constance se olvidó de llorar. Vio cómo una brisa alta hacía que las hojas de los robles al otro lado de la calle se agitaran al sol con un brillo plateado. Dejó que el vaso de leche le descansara sobre el pecho, doblando la cabeza ligeramente para tomar un sorbo de cuando en cuando.

Al aire libre otra vez. Bajo el cielo azul. Después de inhalar durante tantas semanas, en febriles respiraciones mezquinas, las paredes amarillas de su cuarto. Después de tener que contemplar el pesado pie de cama de su lecho, sintiendo que se caía y le aplastaba el tórax. Cielo azul. Frescor azul que se podía absorber hasta que toda ella estuviera empapada en su color. Miró hacia lo alto hasta que una humedad caliente se le acumuló en los ojos.

Tan pronto como se oyó el ruido del coche en el extremo de la calle, Constance reconoció el resoplido del motor y volvió la cabeza hacia la franja de calzada visible desde donde estaba. El automóvil pareció inclinarse peligrosamente en el giro para entrar por la avenida de la casa y luego se detuvo ruidosamente con una sacudida. El cristal de una de las ventanillas posteriores tenía una grieta y lo habían remendado con una fea cinta adhesiva. Por encima asomaba la cabeza de un perro policía, lengua palpitante, cabeza ladeada.

Mick fue la primera en salir, acompañada del perro.

—¡Mira, mamá! —exclamó con una sana voz infantil que ascendió hasta convertirse casi en grito—. ¡Está fuera!

La señora Lane pisó el césped y miró a su hija sin expresión, pero tensa. Aspiró a fondo el cigarrillo que sostenía entre dedos nerviosos y lanzó al aire grises jirones de humo que se retorcieron al sol.

—Vaya… —empezó Constance con voz sin entonación.

—Hola, forastera —dijo la señora Lane con crispada alegría—. ¿Quién te ha dejado salir?

Mick sujetaba al perro que tiraba de la correa.

—¡Mira, mamá! King está tratando de irse con ella. No se ha olvidado de Constance. ¿Ves? La conoce tan bien como a cualquiera… ¿Verdad que sí? Quieto, King, quieto.

—No grites tanto, Mick. Encierra a ese perro en el garaje.

Detrás de su madre y de Mick apareció Howard, su rostro de catorce años, lleno de granos, dominado por la timidez.

—Hola, Cons —murmuró después de una pausa de movimientos inconexos—. ¿Qué tal te encuentras?

Verlos a los tres, a la sombra de los robles, hizo, por alguna razón, que a Constance se le acumulara el cansancio que no había sentido apenas desde que saliera al jardín. Sobre todo Mick, que trataba de sujetar a King con sus robustas piernecitas, aferrándose al cuerpo

curvado del perro, que parecía dispuesto a saltarle encima a ella en cualquier momento.

—¿Ves, mamá? King…

La señora Lane movió un hombro, nerviosa.

—Mick… Howard, llévate a ese animal ahora mismo, y hazme caso, enciérralo en algún sitio —Sus manos esbeltas hicieron un gesto impreciso—. En este mismo instante.

Los niños miraron a Constance de reojo y atravesaron el césped en dirección al porche delantero.

—Bien… —dijo la señora Lane cuando se marcharon—. ¿Te has liado la manta a la cabeza y has salido?

—El médico ha dicho que podía, por fin, y él y la señorita Whelan sacaron esa vieja silla de ruedas del sótano y… me han ayudado.

Las palabras, tantas de una sola vez, la fatigaron. Y cuando jadeó levemente para recobrar el aliento, la tos empezó de nuevo. Se volvió hacia un lado, un pañuelo

de papel en la mano, y tosió hasta que el raquítico tallo de hierba en el que había fijado los ojos se grabó indeleblemente, como las grietas en el suelo junto a la cama, en su memoria. Cuando hubo terminado, metió el pañuelo de papel en una caja de cartón junto a la tumbona y miró a su madre, de pie junto al arbusto de reina de los prados, vuelta de espaldas, quemando las flores distraídamente con la punta del cigarrillo.

Constance dejó de mirar a su madre para contemplar el cielo azul. Le pareció que tenía que decir algo.

—Me gustaría fumarme un cigarrillo —pronunció despacio, acoplando las sílabas a las dificultades de la respiración.

La señora Lane se volvió. Su boca, cuyas comisuras temblaban ligeramente, se dilató en una sonrisa demasiado alegre.

—¡Eso sí que sería bonito! —Dejó caer el pitillo en la hierba y lo aplastó con el tacón del zapato—. Creo que quizá los suprima yo también durante una temporada. Tengo toda la boca llagada y como peluda, como un gatito sarnoso.

Constance rió débilmente. Cada risa era una pesada carga que la ayudaba a serenarse.

—Madre…

—Sí.

—El médico quería verte esta mañana. Ha dicho que lo llames.

La señora Lane rompió una ramita de reina de los prados y aplastó las flores con los dedos.

—Entraré en casa y hablaré con él. ¿Dónde está la señorita Whelan? ¿Todo lo que hace es sacarte al césped y dejarte sola cuando yo me voy… a merced de los perros y…?

—No digas eso, madre. Está en casa. Hoy es su tarde libre, acuérdate.

—¿Hoy? Bueno, todavía es por la mañana.

El susurro salió fuera fácilmente acompañado por la respiración.

—Madre…

—Sí, Constance.

—¿Volverás luego? —Miró en otra dirección mientras lo decía; miró el cielo, de un azul febril, ardiente.

—Si tú quieres, saldré.

Constance vio cómo su madre cruzaba el césped y tomaba el sendero de grava que llevaba a la puerta principal. Caminaba tan a saltos como una marioneta. Cada tobillo huesudo se lanzaba rígidamente delante del otro, los delgados brazos huesudos se balanceaban rígidos, el delicado cuello inclinado hacia un lado.

Constance miró de la leche al cielo y de nuevo a la leche.

—Madre —dijeron sus labios, pero todo lo que se oyó fue un cansado suspiro.

Apenas había empezado a beberse la leche. Dos manchas cremosas bajaban desde el borde del vaso, una junto a otra. Había bebido, por tanto, cuatro veces. Dos

en la limpieza reluciente, dos más con un escalofrío y los ojos cerrados. Constance giró el vaso un centímetro y dejó que sus labios se hundieran en una parte que no estaba manchada. La leche se deslizó fresca y soñolienta, garganta abajo.

Cuando la señora Lane regresó, se había puesto los guantes blancos para trabajar en el jardín y llevaba unas ruidosas podaderas oxidadas.

—¿Has telefoneado al doctor Reece?

Las comisuras de la boca de la interpelada se movieron infinitesimalmente como si acabara de tragar.

—Sí.

—¿Y…?

—Piensa que lo mejor es… no retrasar la marcha demasiado. Tanto esperar… Cuanto antes te instales, mejor será.

—¿Cuándo, entonces? —Sintió que le temblaba el pulso en las puntas de los dedos como una abeja en una flor; que vibraba sobre el cristal frío.

—¿Qué te parece pasado mañana?

Notó que su respiración se acortaba hasta convertirse en jadeos calientes, ahogados. Asintió con la cabeza.

Desde la casa llegó el sonido de las voces de Mick y de Howard. Parecían discutir sobre los cinturones de sus trajes de baño. Las palabras de Mick se transformaron en un grito. Y luego los ruidos se calmaron.

Por eso lloraba casi. Pensaba en el agua, en mirar sus grandes remolinos color de jade, en sentir su frescor en sus extremidades sudorosas, en atravesarla con largas brazadas sin esfuerzo. Agua fresca, del color del cielo.

—¡Me siento tan sucia…!

La señora Lane inmovilizó las podaderas. Sus cejas se alzaron temblorosas sobre las blancas floraciones que sostenía.

—¿Sucia?

—Sí, sí. No me he metido en una bañera desde… hace tres meses. Estoy harta de que solo se me pase una esponja…, y con tacañería…

Su madre se agachó para recoger del césped el envoltorio de un dulce, lo miró desconcertada durante un momento y después lo dejó caer de nuevo en el césped.

—Quiero ir a nadar…, sentir la frialdad del agua. No es justo…, no es justo que no pueda.

—Calla —dijo la señora Lane con un susurro malhumorado—. Calla, Constance. Es absurdo que te preocupes por tonterías.

—Y mi pelo… —Se llevó la mano al nudo grasiento que le sobresalía en la nuca —. No lo he lavado con agua desde… hace meses…, pelo asqueroso que va a acabar por volverme loca. No me importa soportar la pleuresía y los drenajes y la tuberculosis, pero…

La señora Lane apretaba tanto las flores que tenía en la mano que se doblaron sin fuerza unas sobre otras como avergonzadas.

—Calla —repitió con voz apagada—. No hace ninguna falta que te pongas así.

El cielo ardía brillante: llamas azul azabache. Asfixiante y asesino para el aire.

—Quizá si me lo cortara…

Las podaderas se cerraron despacio.

—Escucha, si quieres que lo haga…, supongo que te lo podría cortar. ¿De verdad lo quieres corto?

Constance torció la cabeza y alzó con dificultad una mano para tirar de las horquillas de bronce.

—Sí, muy corto. Quítamelo todo.

Frío y húmedo, el pesado pelo castaño, una vez suelto, colgaba muchos centímetros por debajo de la almohada. Vacilante, la señora Lane se inclinó y se apoderó de un mechón. Las hojas de la podadera, con un brillo cegador bajo el sol, empezaron a cortarlo despacio.

Mick apareció de repente por detrás de los arbustos de reina de los prados. Sin otra ropa que el pantalón de baño, brillaba al sol su rollizo tórax de un blanco sedoso. Inmediatamente por encima del redondo estómago de niña se dibujaban dos pequeños michelines.

—¡Mamá! ¿Se lo estás cortando tú?

La señora Lane, con gesto crispado, se quedó mirando el pelo que tenía en la mano.

—Buen trabajo —dijo alegremente—. Sin trasquilones en torno al cuello, espero.

—No —dijo Constance, mirando a su hermana pequeña. La niña extendió una mano abierta.

—Dámelo, mamá. Me servirá para rellenar un precioso almohadoncito para King. Puedo…

—No se te ocurra dejarle que toque esa porquería —dijo Constance sin abrir apenas la boca. Con una mano se revisó los tiesos mechones sueltos en torno al cuello y luego se recostó cansadamente y se puso a arrancar césped.

La señora Lane se agachó, retiró las flores blancas del periódico donde las había colocado, envolvió el pelo y dejó el bulto en el suelo, detrás de la tumbona de la enferma.

—Me lo llevaré cuando entre…

Las abejas zumbaban sobre la cálida quietud. La sombra se había espesado y las manchas oscuras que antes se agitaban junto a los robles estaban inmóviles ya. Constance se bajó la manta de viaje hasta las rodillas.

—¿Le has dicho a papá que me voy a ir tan pronto?

—Sí, le he telefoneado.

—¿A Mountain Heights? —preguntó Mick, mientras se sostenía en equilibrio, primero con una pierna desnuda y luego con la otra.

—Sí, Mick.

—Mamá, ¿no es ahí donde fuiste a ver al tío Charlie?

—Sí.

—¿No nos mandó desde ahí unos dulces de cacto, hace ya mucho tiempo?

Arrugas, delgadas y grises como una tela de araña, se extendieron por la piel pálida en torno a la boca y los ojos de la señora Lane.

—No, Mick. Mountain Heights está solo al otro lado de Atlanta. Aquello era en Arizona.

—Tenían un gusto muy raro —comentó Mick.

La señora Lane empezó de nuevo a cortar las flores con apresurados tijeretazos.

—Me… me parece que oigo aullar a ese perro suyo en algún sitio. Ve a ocuparte de él, anda, Mick.

—No oyes a King, mamá. Howard le está enseñando a dar la mano en el porche de atrás. No me obligues a irme, por favor. —Se cubrió con las manos la suave redondez del estómago—. ¡Mira! No has dicho nada sobre mi traje de baño. ¿Verdad que me sienta bien, Constance?

La enferma miró los ansiosos músculos flexionados de la niña que tenía delante y luego volvió a mirar al cielo. Dos palabras se le formaron, inaudibles, en los labios.

—¡Vaya! Tengo que darme prisa y entrar. ¿Sabes que nos están haciendo caminar por una especie de zanja para que este año no nos duelan los dedos de los pies? ¿Y que han instalado un tobogán nuevo?

—Obedéceme ahora mismo, Mick, y entra en casa.

La niña miró a su madre y echó a andar atravesando el césped. Al alcanzar el sendero que llevaba hasta la puerta hizo una pausa y, protegiéndose de la luz del sol con la mano, se volvió para mirarlas.

—¿Nos iremos pronto? —preguntó, más contenida.

—Sí, coge tus toallas y prepárate.

Durante varios minutos ni la madre ni la hija dijeron nada. La señora Lane se movía espasmódicamente de los arbustos de reina de los prados a las flores de brillantes colores que bordeaban la entrada para vehículos, asestando precipitados tijeretazos a los capullos, mientras las sombras oscuras de sus pies la perseguían con la rechonchez característica del mediodía. Constance la vigilaba con ojos medio cerrados por el resol, con las huesudas manos sobre la dinamo retumbante y llena de burbujas que era su pecho. Finalmente, dio forma a las palabras con sus labios y las dejó salir:

—¿Voy a ir allí arriba yo sola?

—Por supuesto, cariño. Te subiremos a una bicicleta y te daremos un empujón…

Constance aplastó con la lengua una cadena de flemas para no tener que escupirla y pensó en repetir la pregunta.

No había más flores que se pudieran cortar. La madre miró de reojo a su hija por encima del ramo que abrazaba, mientras su mano de venas azules cambiaba de posición sobre los tallos.

—Escucha, Constance… El club de jardinería tiene hoy una celebración de algún tipo. Todo el mundo se reúne a almorzar en el club y luego van a ir al jardín de alguien, uno que tiene rocas y plantas alpinas. He pensado que si me llevo a tus hermanos pequeños, ¿no te importa que vaya?, ¿verdad que no?

—No —dijo Constance al cabo de un momento.

—La señorita Whelan ha prometido quedarse. Mañana quizá…

Constance pensaba todavía en la pregunta que tenía que repetir, pero las palabras se le pegaban a la garganta

como pegajosas bolitas de mucosidad y le pareció que si trataba de expulsarlas, lloraría. Lo que dijo en cambio, sin motivo especial, fue:

—Preciosas.

—¿Verdad que sí? En especial la reina de los prados, tan grácil y blanca.

—Ni siquiera sabía que hubieran empezado a florecer hasta que he salido.

—¿No lo sabías? Te puse algunas en un jarrón la semana pasada.

—En un jarrón… —murmuró Constance.

—De noche, sobre todo. Es el momento de verlas. Anoche me quedé junto a la ventana…, y estaban iluminadas por la luna. Ya sabes lo blancas que están las flores a la luz de la luna…

De repente Constance alzó sus ojos brillantes hasta los de su madre.

—Te oí —dijo, medio acusadoramente—. En el vestíbulo, arriba y abajo. Tarde. En el cuarto de estar. Y

me pareció que oía abrirse y cerrarse la puerta de la calle. Y una vez cuando estaba tosiendo miré por la ventana y me pareció ver un vestido blanco de aquí para allá por el césped como un fantasma… como un…

—¡Calla! —dijo su madre con una voz tan llena de aristas como un cristal astillado—. Calla. Hablar es tan… agotador.

Era el momento de la pregunta, como si su garganta se hubiera hinchado con sus sílabas ya maduras.

—¿Voy a ir sola a Mountain Heights, o con la señorita Whelan, o…?

—Voy a ir contigo. Te llevaré en el tren. Y me quedaré unos días hasta que te encuentres a gusto.

Su madre estaba de espaldas al sol, y detenía en parte el resplandor, de manera que pudo mirarla a los ojos. Eran del color del cielo con el frescor de la mañana. Ahora la miraban con una extraña quietud, una placidez vacía. Azules como el cielo antes de que el sol lo haya quemado hasta un fulgor gaseoso. Constance la miró con los labios separados, temblorosos, escuchando el ruido que le hacía la respiración.

—Madre…

El final de la palabra quedó ahogado por el primer estallido de tos. Se inclinó hacia un lado de la tumbona, sintiendo los golpes en el pecho como mazazos surgidos de algún lugar desconocido en su interior. Llegaron, uno tras otro, con idéntica fuerza. Y cuando se liberó del último, siempre en sordina, estaba tan cansada que se recostó con entregada flacidez sobre el brazo de la tumbona, preguntándose si tendría alguna vez la fuerza suficiente para alzar la cabeza y superar el mareo que sentía.

Durante el minuto de jadeos que siguió, los ojos que aún tenía delante se dilataron hasta cubrir la inmensidad del cielo. Constance miró, respiró, y se esforzó por mirar de nuevo.

La señora Lane se había dado la vuelta. Pero al cabo de un momento su voz resonó, amargamente llena de vida.

—Hasta luego, corazón… Me marcho ya. La señorita Whelan saldrá dentro de un minuto y será mejor que entres en seguida a casa. Adiós…

Mientras cruzaba el césped, Constance creyó advertir que un leve estremecimiento sacudía los hombros de su madre: un movimiento tan perceptible como el de una copa de cristal a la que se golpea con demasiada fuerza.

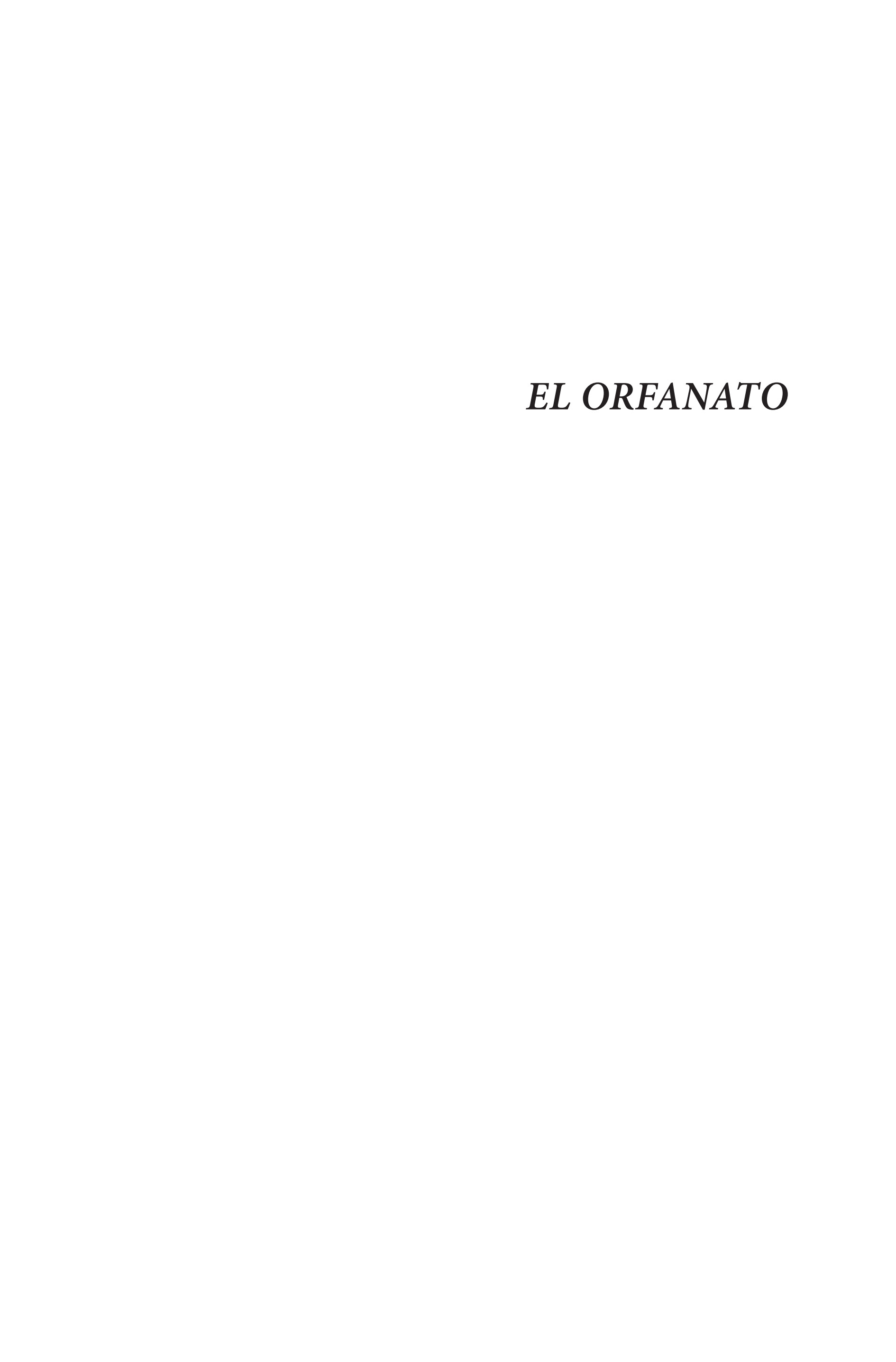
La señorita Whelan se mantuvo plácidamente en su línea de visión cuando se marchaban su madre y sus hermanos. Solo llegó a vislumbrar los cuerpos medio desnudos de Howard y de Mick y las toallas con que mutuamente se azotaban alegremente el trasero. Y a King, la boca jadeante asomada por encima del cristal astillado de la ventanilla del coche con su deprimente cinta adhesiva. Pero oyó perfectamente la excesiva aceleración del motor, la violenta protesta de la caja de cambios al salir el coche marcha atrás desde el garaje. E incluso después de que el último sonido del motor se difuminara en el silencio, era como si todavía pudiera ver el blanco rostro de su madre, siempre tenso, inclinado sobre el volante…

—¿Qué sucede? —preguntó, apacible, la enfermera—. Confío en que no te duela otra vez el costado.

Constance agitó dos veces la cabeza sobre la almohada.

—Ya verás. Una vez que ya estés dentro de casa te encontrarás perfectamente.

Sus manos, tan flácidas y descoloridas como sebo, descendieron sobre la caliente humedad que le corría por las mejillas. Y Constance nadó sin respirar en un azul tan amplio e indiferente como el del cielo.



EL ORFANATO

Cómo el Hogar llegó a asociarse con el frasco siniestro, pertenece a la lógica fluida de la infancia, porque al comienzo de este episodio yo no debía de tener más allá de siete años. Pero el Hogar, residencia de los huérfanos de nuestra ciudad, quizás fuese en parte responsable debido a su misteriosa fealdad. Era un edificio grande, con techo de dos aguas, pintado de un color verde negruzco, que tenía delante un patio cuidadosamente barrido y totalmente vacío con la excepción de dos magnolios. En el patio, rodeado por una verja de hierro forjado, se veía muy pocas veces a los huérfanos cuando te detenías en la acera para mirar dentro. El patio de atrás, por otro lado, fue para mí durante mucho tiempo un lugar secreto. El Hogar estaba en una esquina, y una alta valla de tablas ocultaba lo que sucedía dentro, pero cuando se pasaba por allí se oía el sonido de voces y en ocasiones el ruido de algo semejante a metales entrechocados. El secreto y los ruidos misteriosos me asustaban mucho. En el camino a casa desde la calle principal del pueblo pasaba a menudo por delante del Hogar con mi abuela, y ahora, en el recuerdo, tengo la sensación de que siempre lo hacíamos al atardecer y en invierno. Los sonidos de detrás de la valla de madera parecían teñidos de amenazas en la luz que se desvanecía, y la puerta de la verja delantera estaba

increíblemente fría cuando se la tocaba. La melancolía del patio sin hierba e incluso el resplandor de luces amarillas detrás de ventanas estrechas parecía de algún modo corresponderse con la terrible información que por aquel entonces llegó a mis oídos.

Mi confidente fue una niña llamada Hattie, que debía de tener nueve o diez años. No recuerdo su apellido, pero hay algunos otros datos sobre la tal Hattie que son inolvidables. Para empezar me dijo que George Washington era tío suyo. En otra ocasión, me explicó lo que hacía negros a los negros. Si una chica, me dijo, besaba a un chico, se convertía en una persona de color y, cuando se casaba, sus hijos también eran negros. Solo los hermanos eran la excepción a aquella regla. Hattie era pequeña para su edad y dentuda, de cabellos rubios grasientos que se sujetaba en la nuca con un pasador enjoyado. Se me había prohibido jugar con ella, quizá porque mi abuela o mis padres advertían un elemento malsano en aquella relación; si mi suposición es correcta, estaban por completo en lo cierto. Yo había besado en una ocasión a Tit, que era mi mejor amigo, pero solo primo segundo, de manera que día a día me iba convirtiendo lentamente en una persona de color. Era verano y día

a día me ponía más morena. Quizá confiaba en que Hattie, después de haberme revelado aquella terrible transformación, tuviera de algún modo el poder de detenerla. En el doble cautiverio de la culpa y del miedo, yo la seguía por todo el barrio y ella me pedía a menudo monedas de cinco y diez centavos.

Los recuerdos infantiles poseen una extraña cualidad volandera, y zonas de oscuridad rodean los espacios de luz. Los recuerdos de infancia son como velas encendidas en una hectárea de oscuridad, e iluminan escenas inmóviles, separándolas de la negrura circundante. No recuerdo dónde vivía Hattie, pero en cambio un corredor y una habitación de su casa poseen una nitidez asombrosa. Ni tampoco sé cómo sucedió que fui a aquella habitación, pero lo cierto es que estuve allí con Hattie y con mi primo, Tit. Era a última hora de la tarde y la habitación no estaba del todo oscura. Hattie llevaba un vestido indio, con una cinta para el pelo de brillantes plumas rojas y nos había preguntado si sabíamos de dónde venían los bebés. Las plumas indias de su cinta, por alguna razón, me daban miedo.

—Crecen dentro de las señoras —dijo Tit.

—Si juran que nunca se lo dirán a ningún ser vivo, les enseñaré una cosa.

Debimos de jurar como nos pedía, aunque recuerdo cierta desconfianza y el temor a nuevas revelaciones. Hattie se subió a una silla y bajó algo de la estantería de un armario. Era un frasco, con una cosa extraña y roja dentro.

—¿Saben qué es esto? —preguntó.

Lo que había dentro del frasco no se parecía a nada que yo hubiera visto antes.

Fue Tit quien preguntó:

—¿Qué es?

Hattie esperó y en su rostro, debajo de la hilera de plumas, apareció una expresión astuta. Al cabo de unos momentos de suspenso, dijo:

—Es un bebé muerto y escabechado.

El silencio en la habitación era completo. Tit y yo nos miramos de reojo horrorizados. No tuve valor para mirar

de nuevo, pero Tit contemplaba el frasco con aterrada fascinación.

—¿De quién? —preguntó por fin en voz baja.

—Fíjate en la cabecita roja con la boca. Y las piernecitas rojas, aplastadas debajo. Mi hermano lo trajo a casa cuando estudiaba para ser boticario.

Tit extendió un dedo y tocó el frasco; después se puso la mano detrás de la espalda. Y volvió a preguntar, esta vez nada más que un susurro:

—¿De quién? ¿El bebé de quién?

—Era huérfano —dijo Hattie.

Recuerdo el ruido levísimo de nuestros pasos mientras salíamos de puntillas del cuarto, recuerdo que el corredor estaba oscuro y que al final había una cortina. Ese, por suerte, es mi último recuerdo de la tal Hattie. Pero el huérfano escabechado me obsesionó durante algún tiempo; una vez soñé que la *cosa* había salido del frasco y deambulaba por el orfanato y yo estaba encerrada dentro y me estaba buscando… ¿Me

creí que en aquella casa melancólica, con tejado de dos aguas, había estanterías llenas de aquellos frascos sobrecogedores? Probablemente sí…, y no. Porque el niño distingue dos capas de realidad: la del mundo, que se acepta como una inmensa confabulación de todos los adultos; y la no reconocida, la escondida y secreta, la profunda. En cualquier caso, seguí yendo muy pegada a mi abuela cuando, a última hora de la tarde, pasábamos junto al Hogar, al volver del centro. Por aquel entonces yo no conocía a ninguno de los huérfanos, dado que iban a la escuela de la calle Tercera.

Tuvieron que pasar varios años antes de que dos sucesos me hicieran entrar en contacto directo con el Hogar. Para entonces me consideraba ya una chica mayor, y había pasado por delante miles de veces, ya fuese a pie, con patines o en bicicleta. El terror había disminuido hasta convertirse en algo así como una peculiar fascinación. Siempre miraba fijamente el edificio al pasar y a veces veía a los huérfanos, que caminaban en formación, aunque con lentitud dominical, hacia la catequesis y los servicios religiosos después, los dos huérfanos de mayor tamaño delante y los dos más pequeños al final. Tenía unos once años cuando se produjeron cambios

que me acercaron más como espectadora y abrieron una inesperada dimensión novelesca. En primer lugar, a mi abuela la hicieron miembro del Consejo del Orfanato. Eso sucedió en otoño. Luego, al comienzo del trimestre de primavera, los huérfanos se trasladaron al instituto de la calle Diecisiete, al que también iba yo, y tres de ellos estaban conmigo en sexto grado. El traslado se hizo debido a un cambio en los límites de los distritos escolares. A mi abuela la eligieron porque le gustaban los consejos, los comités y las reuniones de asociaciones, y porque había fallecido por entonces un anterior miembro del Consejo del Orfanato.

Mi abuela visitaba el Hogar una vez al mes, aproximadamente, y la acompañé en su segunda visita. Era el mejor momento de la semana, un viernes por la tarde, con la amplitud que daba a aquellas horas la proximidad del fin de semana. La tarde era fría y el sol del crepúsculo provocaba violentos reflejos en los cristales de las ventanas. Dentro, el Hogar era muy distinto de lo que había imaginado. El amplio vestíbulo estaba prácticamente vacío y en las habitaciones no había cortinas ni alfombras ni apenas muebles. El calor procedía solo de estufas en el comedor y en la sala común,

junto al salón principal. La señora Wesley, la directora del Hogar, era una mujer grande, bastante dura de oído, que mantenía la boca ligeramente abierta cuando conversaba con personas importantes. Siempre parecía faltarle el aliento, y hablaba con acento nasal y voz plácida. Mi abuela había llevado algo de ropa (la señora Wesley lo llamaba prendas), donada por las diferentes iglesias de la ciudad y las dos se encerraron para cambiar impresiones en el frío salón principal. A mí me confiaron a los cuidados de una chica de mi misma edad, llamada Susie, y salimos de inmediato al patio de atrás, el que estaba rodeado por la valla de madera.

Aquella primera visita me resultó incómoda. Chicas de todas las edades jugaban a cosas distintas. Había en el patio una tabla flexible sobre dos soportes que permitía dar saltos, una barra fija y un juego de tejo dibujado en el suelo. La confusión me hizo ver aquel patio lleno de niños como un todo en completo desorden. Una niñita se me acercó para preguntarme qué era mi padre. Y, como tardaba en contestarle, dijo:

—El mío era vigilante de la vía del ferrocarril.

Luego corrió a la barra fija y se colgó de las rodillas: el pelo le cayó recto desde la cara, muy encarnada, y debajo de la falda llevaba unos pololos marrones de algodón.

EL INSTANTE DE LA HORA SIGUIENTE

Ligeras como sombras, las manos de la mujer le acariciaron la cabeza y luego descansaron plácidamente; las puntas de sus dedos se inmovilizaron sobre las sienes del hombre, latieron con el cálido ritmo lento en el interior del cuerpo masculino, y con sus palmas cubrió su sólido cráneo.

—Vacuidad reverberante —murmuró él, de manera que las sílabas tropezaron pesadamente unas con otras.

Ella miró desde arriba su cuerpo relajado y fuerte que ocupaba toda la longitud del sofá. Un pie, el calcetín arrugado alrededor del tobillo, colgaba lacio sobre el borde. Y mientras ella miraba, su mano delicada abandonó el costado para trasladarse, tambaleante, hasta la boca y tocarse los labios que habían permanecido fruncidos y separados después de pronunciar aquellas palabras.

—Inmensa falsedad —articuló detrás de los dedos exploradores.

—Creo que por esta noche ya has hablado bastante, cariño —dijo ella—. El espectáculo ha terminado y el mono que toca el organillo ha muerto.

Habían apagado la calefacción una hora antes y el apartamento empezaba a quedarse frío. La mujer miró el reloj, cuyas manecillas señalaban la una. De todos modos, pensó, nunca tenían mucho calor a esa hora. Y en todo caso no hay corrientes; algunas opalinas espirales de humo permanecían inmóviles cerca del techo. Meditativamente su mirada pasó de la botella de whisky a las piezas de ajedrez revueltas sobre la mesa de juego; a un libro abierto y boca abajo en el suelo; a una hoja de lechuga que, desde que Marshall la había perdido mientras agitaba su sándwich, yacía desconsolada en una esquina; y a las desperdigadas colillas y cerillas consumidas.

—Vamos, tápate —dijo con entonación ausente, desdoblando una manta situada en un extremo del sofá—. Te sientan muy mal las corrientes.

El hombre abrió los ojos y la miró impasible: eran de color azul verdoso, como el jersey que llevaba. Una delicada red de hilillos de color rosa cruzaba el rabillo de uno, lo que por algún motivo le daba la expresión inocente de un conejo de Pascua. Siempre parecía tener bastantes menos de veinte años; con la cabeza recostada

en sus rodillas de manera que la garganta se le arqueaba por encima del cuello abierto de la camisa y resultaba especialmente tierna por la suave silueta de vértebras y cartílagos; y con el pelo oscuro surgiendo de la palidez del rostro.

—Majestad vacante…

Al hablar bajó los párpados hasta que los ojos, debajo, quedaron reducidos a una rendija que parecía burlarse de ella. Y ella supo, con un sobresalto repentino, que no estaba tan borracho como fingía.

—No necesitas seguir pontificando —le dijo—. Phillip se ha ido a su casa y solo quedo yo.

—Está en la na…a…aturaleza de la cosas… que semejante punto de vista… vista…

—Se ha ido a casa —repitió ella—. Se cansó de oírte hablar —Tuvo una imagen pasajera de Phillip inclinándose para recoger las colillas: pequeño, rubio, ágil, de ojos tranquilos—. Ha lavado los platos que hemos manchado y quería incluso barrer el suelo, pero no le he dejado.

—Es… un… —empezó Marshall.

—Viéndote, y viendo lo cansada que estaba yo, se ofreció incluso a desplegar el sofá cama y a acostarte.

—Un procedimiento muy cuco —dijo Marshall moviendo solo los labios.

—Hice que se marchara —Recordó por un momento su cara mientras cerraba la puerta entre los dos, el ruido de sus pasos escaleras abajo y el sentimiento, parte de pena por la soledad, parte de afecto, que la invadía siempre cuando escuchaba el ruido de otras personas lanzándose a la noche y alejándose de ellos.

—Oyéndolo…, se diría que lee exclusivamente a G. K. Chesterton y a George Moore —dijo él, dando una ebria entonación a las palabras—. ¿Quién ganó al ajedrez? ¿Él o yo?

—Tú —dijo ella—. Pero jugabas mejor antes de emborracharte.

—Borracho… —murmuró Marshall, moviendo el largo cuerpo relajadamente y cambiando la posición de

la cabeza—. ¡Dios santo! Qué huesudas tienes las rodillas. Hue…sudas.

—Pero tuve el convencimiento de que perdías la partida cuando hiciste aquel movimiento tan estúpido con el peón de la dama —Pensó en los dedos de los dos suspendidos sobre la tallada precisión de sus piezas, el ceño fruncido, el resplandor de la luz en la botella que tenían al lado.

Marshall cerró de nuevo los ojos, las manos abandonadas sobre el pecho.

—Símil desastroso —murmuró—. Concedo lo de la montaña. Joyce ascendió trabajosamente… De acuerdo…, pero cuando llegó a la cima… cima llegó…

—No aguantas la bebida, cariño… —Colocó la mano sobre el débil ángulo de su barbilla y la dejó allí.

—No estaba dispuesto a decir que el mundo era pla…ano. Durante todo el tiempo era eso lo que decían. Además, los aldeanos podían ir de aquí para allá…, de aquí para allá con sus burros y verlo ellos mismos. Con sus asnos.

—Calla —dijo ella—. Has hablado sobre eso más que suficiente. Te pones con un tema y sigues y sigues *ad infinitum*. Y no aterrizas en ningún sitio.

—Un cráter… —hizo un ruido ronco al respirar—. Y, por lo menos, después de la inmensidad de su ascensión podía haber esperado… algún maravilloso despliegue de fuego del infierno…, algún…

La mano de la mujer le sujetó la barbilla y se la zarandeó.

—Calla —dijo—. Te oí cuando improvisabas con tanta brillantez sobre eso antes de que Phillip se marchara. Me ha parecido obsceno. Y casi lo había olvidado.

Un conato de sonrisa le cruzó la cara y sus ojos azules, casi cubiertos por los párpados, la miraron.

—¿Obsceno? ¿Por qué tienes que identificarte con esos símbolos… sim…?

—Si hablaras de esa manera con alguien que no fuese Phillip, te… te dejaría.

—Inmensa va…vacuidad —dijo Marshall, cerrando de nuevo los ojos—. Oquedad mortal. Oquedad, repito. Quizá con las cenizas en el fondo de…

—Calla.

—Un cretino barrigudo que no cesa de retorcerse.

A la mujer se le ocurrió de pronto que debía de haber bebido más de lo que creía, porque los objetos de la habitación parecían adoptar un extraño aire de sufrimiento. Las colillas daban la sensación de estar demasiado chupadas y mustias. La alfombra, casi nueva, parecía aplastada; y el dibujo, desaparecido a causa de las cenizas. Incluso lo que quedaba del whisky se veía pálido e inmóvil en la botella.

—¿Te sirve de alivio? —preguntó ella con calmosa lentitud—. Espero que en tiempos como estos…

Sintió la rigidez en el cuerpo de Marshall y que, como un niño mal educado, la interrumpía con un repentino estallido de tarareos nada melódicos.

La mujer se zafó de su cabeza y se puso en pie. La habitación parecía haberse hecho más pequeña, más desordenada, más apestosa por el humo y el licor derramado. Brillantes líneas blancas se le entretejieron delante de los ojos.

—Levántate —dijo con voz cansada—. Tengo que sacar la maldita cama y hacerla.

Marshall cruzó las manos sobre el estómago y siguió tumbado, sólidamente inmóvil.

—Eres odioso —dijo ella, abriendo la puerta del armario para sacar las sábanas y las mantas, dobladas en los estantes.

De nuevo encima de él, esperando a que se levantara, la palidez agotada del rostro de Marshall le produjo una punzada de dolor. Al igual que las sombras oscuras que le habían descendido hasta los pómulos y el pulso que siempre le latía con fuerza en el cuello cuando estaba borracho o fatigado.

—Escucha, Marshall, es una barbaridad que nos destrocemos de esta manera. Aunque no tengas que

trabajar mañana…, quedan años…, cincuenta quizá…, por delante —Pero las palabras sonaban falsas y ella misma solo era capaz de pensar en mañana.

Marshall tuvo que hacer esfuerzos para sentarse en el borde del sofá, y cuando lo consiguió, bajó la cabeza para apoyarlas en las manos.

—Sí, Pollyanna —murmuró—. Sí, mi querida Pol de la voz ronca…, Pol. Veinte es una edad de verdad encantadora. Demos gracias a Dios.

Las manos de Marshall, que él hundió entre su pelo y que luego cerró, convirtiéndolas en débiles puños, la llenaron de un amor repentino, intensísimo. Bruscamente alzó las esquinas de la manta y se la echó a él por encima de los hombros.

—Arriba, vamos. No nos podemos pasar toda la noche haciendo el tonto de esta manera.

—Vacuidad… —dijo Marshall cansinamente, sin acabar de cerrar la boca.

—¿No te encuentras bien?

Ciñéndose la manta, Marshall consiguió ponerse en pie y caminó pesadamente hacia la mesa de juego.

—¿Puede un hombre pensar alguna vez sin que lo llamen obsceno o enfermo o borracho? No. No existe comprensión para el pensamiento. Del pensamiento más profundo en la oscuridad. De opulentos cúmulos.

La sábana se hinchó al caer por el aire y los curvos remolinos se transformaron en arrugas. Rápidamente la mujer arremetió las esquinas y alisó encima las mantas. Al volverse vio que Marshall, encorvado sobre la mesa de juego, se esforzaba torpemente por mantener en equilibrio a un peón sobre una torre. La manta a cuadros rojos le colgaba de los hombros y caía por detrás de la silla.

Se le ocurrió un comentario inteligente.

—Pareces —dijo— un rey pensativo en una casa de mala nota —Se sentó en el sofá convertido en cama y se echó a reír.

Al hacer un gesto de enfado, a Marshall se le enredaron las manos con el ajedrez, y varias de las piezas cayeron ruidosamente al suelo.

—De acuerdo —dijo—. Ríete hasta reventar. Así es como se ha hecho siempre.

A ella la risa le agitaba el cuerpo como si todas las fibras de sus músculos hubieran perdido la elasticidad. Cuando terminó, el silencio en la habitación era total.

Al cabo de un momento, Marshall se quitó la manta, que cayó, arrugada, detrás de la silla.

—Está ciego —dijo en voz baja—. Casi ciego.

—Ten cuidado, es probable que haya una corriente. ¿Quién está ciego?

—Joyce —dijo.

La mujer se sintió sin fuerzas después de reír y la habitación se le presentó con toda claridad en su dolorosa pequeñez.

—Ese es el problema contigo, Marshall —dijo—. Cuando te pones así, sigues y sigues hasta que agotas a cualquiera.

La miró resentido.

—Tengo que decir que estás bonita cuando te emborrachas —replicó—. No me emborracho…, no podría aunque quisiera —dijo ella, sintiendo un dolor que empezaba a pesarle detrás de los ojos.

—Qué hay de aquella noche cuando…

—Te lo he contado —dijo ella con frialdad sin separar los dientes—. No estaba borracha. Estaba enferma. Y tú me hiciste salir y…

—Da lo mismo —le interrumpió él—. Eras una cosa digna de verse agarrada a aquella mesa. Da lo mismo. Una mujer enferma…, una mujer borracha…, *¡puf!*

Incapaz de reaccionar, la mujer vio cómo se le bajaban los párpados hasta ocultar toda la bondad que había en sus ojos.

—Y una mujer embarazada —dijo—. Por supuesto. Será en algún momento dulce como este cuando vengas a susurrarme al oído con una sonrisa ingenua tu dulce y taimado secreto. Otro encantador pequeño Marshall.

¿No somos estupendos? Mira lo que sabemos hacer. Dios del cielo, qué cosa tan deprimente.

—Te aborrezco —dijo ella, viendo cómo sus manos (que sin duda no eran parte suya) empezaban a temblar—. Estas peleas de borrachos a medianoche…

Al sonreír, la boca de Marshall le pareció que adoptaba la misma apariencia de hendidura rosada que tenían sus ojos.

—Te encanta —susurró él, repentinamente sobrio—. ¿Qué harías si no me emborrachase una vez a la semana, para así manosearme pegajosamente? Y Marshall, cariño, esto y Marshall, aquello otro. Para pasarme por toda la cara tus deditos avariciosos… Sí, por supuesto, me quieres más cuando sufro. Eres… eres…

Mientras se tambaleaba al cruzar la habitación, a ella le pareció ver que le temblaban los hombros.

—Vamos, mamá —la provocó él—. ¿Por qué no te ofreces a ayudarme para que no me orine fuera?

Al encerrarse en el baño de un portazo, algunas perchas vacías que colgaban del tirador chocaron entre sí con una larga resonancia metálica.

—Te voy a dejar… —exclamó ella sin convicción cuando cesó el ruido de las perchas. Pero aquellas palabras carecían de significado. Sin fuerzas, se sentó en la cama y miró la mustia hoja de lechuga al otro lado de la habitación. La pantalla de la lámpara estaba torcida a causa de un golpe y quedaba peligrosamente pegada a la bombilla, lo que hacía que arrojase un doloroso reguero de claridad a través de la grisura y desorden de la habitación.

—A dejar… —se repitió, todavía pensando en la suciedad que los rodeaba a altas horas de la noche.

Recordó el ruido de los pasos de Phillip mientras bajaba la escalera. Nocturno y hueco. Pensó en la oscuridad exterior y en los fríos árboles desnudos del comienzo de la primavera. Quería imaginarse abandonando el apartamento a aquella hora. Con Phillip tal vez. Pero cuando trató de verle la cara, el cuerpo, pequeño y tranquilo, los contornos eran imprecisos y faltaba la expresión. Solo recordaba la manera en que sus

manos se habían metido hasta el fondo rugoso de un vaso con un paño de cocina, algo que había sucedido cuando poco antes la ayudaba a recoger los platos. Y mientras pensaba en seguir aquel sonido hueco, sus pasos se fueron debilitando hasta que solo quedó el silencio de la oscuridad.

Con un estremecimiento se levantó del sofá cama y se acercó a la botella de whisky sobre la mesa de juego. Las distintas partes de su cuerpo las sentía como pesados apéndices; solo el dolor detrás de los ojos le parecía suyo. Vaciló, la mano en el cuello de la botella. Aquello… o uno de los Alka Seltzer en el cajón de arriba del escritorio. Pero la idea de la tableta blanca retorciéndose en lo alto del vaso, consumida por su propia efervescencia, le pareció del todo deprimente. Además, había la cantidad justa para una última copa. Se sirvió presurosa, notando de nuevo cómo la reluciente convexidad de la botella siempre la engañaba.

El *whisky* creó un violento camino cálido hasta el estómago, pero el resto de su cuerpo siguió helado. «Maldita sea», susurró, pensando en recoger la hoja de lechuga por la mañana, pensando en el frío de fuera y

atenta a cualquier ruido de Marshall en el cuarto de baño. «Maldita sea. Nunca soy capaz de emborracharme como él». Y mientras contemplaba la botella vacía, tuvo una de las grotescas imágenes que se le tendían a presentársele a aquella hora. Se vio, junto con Marshall, en el interior de la botella de *whisky*. Repugnantes en su pequeñez y perfección. Se deslizaban muy enfadados, arriba y abajo, por el frío cristal transparente como simios diminutos. Los vio por un momento, con narices aplastadas y con miradas de nostalgia. Y luego, después de sus frenesíes, los vio tumbados en el fondo, pálidos y exhaustos, con aspecto de rollizos especímenes de laboratorio. Sin nada que decirse el uno al otro.

La enfermó el sonido de la botella al caer en la papelera entre cáscaras de naranja y papeles arrugados y golpear la hojalata del fondo.

—Ah… —dijo Marshall, abriendo la puerta y colocando cuidadosamente un pie fuera del baño—. Ah…, el disfrute más auténtico que le queda al ser humano. En el último momento culminante: mear.

La mujer se recostó en la puerta del armario, apretando la mejilla contra el frío reborde de la madera.

—Mira a ver si puedes desnudarte.

—Ah… —repitió Marshall, sentándose en el sofá cama que ella había preparado. Sus manos abandonaron la bragueta y empezaron a maniobrar con el cinturón—. Todo menos el cinturón… No se puede dormir con una hebilla clavada en la tripa. Como tus rodillas. Hue…suda.

A ella le pareció que perdería el equilibrio al tratar de quitarse el cinturón de una sola vez (ya había sucedido, recordó, en una ocasión anterior). Lo que Marshall hizo en cambio fue sacarlo despacio, trabilla a trabilla, y cuando hubo terminado, lo colocó cuidadosamente debajo de la cama. Luego la miró. Se le caían las comisuras de la boca, creando hilos grises en la palidez del rostro. Abrió mucho los ojos al mirarla y, por un momento, le pareció que iba a echarse a llorar.

—Oye… —dijo despacio, con toda claridad.

La mujer solo oyó el dificultoso sonido de tragar saliva.

—Oye… —repitió. Y se tapó la cara con las manos.

Despacio, con un ritmo que no era de borrachera, su cuerpo se balanceó de lado a lado. Le temblaban los hombros, cubiertos por el jersey azul.

—Dios Todopoderoso —dijo en voz baja—. Cómo sufro.

La mujer encontró la fuerza para separarse de la puerta, enderezar la pantalla de la lámpara y apagar la luz. En la oscuridad, una curva azul se agitó delante de sus ojos, siguiendo los movimientos del cuerpo de Marshall. Y desde la cama le llegó el sonido de sus zapatos al caer al suelo, el gemido de los muelles al girarse hacia la pared.

Ella se tumbó a oscuras y alzó las mantas: de repente pesadas y frías al tacto. Al cubrir los hombros de Marshall notó que los muelles seguían crujiendo y que su cuerpo se estremecía.

—Marshall —susurró—. ¿Tienes frío?

—Los escalofríos. Uno de esos malditos escalofríos.

Vagamente la mujer pensó en la botella de agua caliente cuyo tapón había desaparecido y en la lata de café, vacía en la cocina.

—Maldita sea… —repitió con entonación ausente.

Las rodillas de Marshall se acercaron apremiantes a las suyas en la oscuridad y sintió que todo su cuerpo se contraía en un rebujo estremecido. A pesar del cansancio buscó su cabeza y la atrajo hacía sí. Sus dedos acariciaron el hueco en lo alto del cuello, ascendieron por la hirsuta parte afeitada hasta los suaves cabellos en lo alto, y siguieron hasta las sienes, donde de nuevo sintió el latir del pulso.

—Oye… —repitió él, alzando la cabeza para que ella sintiera su respiración en la garganta.

—Sí, Marshall.

Sus manos se cerraron en puños que, tensos, golpearon la cama detrás de los hombros de la mujer. Luego se quedó tan quieto unos momentos que ella se llenó de un miedo extraño.

—Es así… —dijo él con una voz de la que había desaparecido toda inflexión—. El amor que siento por ti, cariño. A veces me parece que…, en algún instante como este…, me destruirá.

Luego ella sintió que sus manos se relajaban para posarse débilmente sobre su espalda, sintió cómo el catarro que había estado incubándose en él durante toda la velada hacía que su cuerpo se estremeciera, sacudido por grandes escalofríos.

—Sí —respiró ella, apretándole el cráneo contra el hueco entre sus pechos—. Sí —dijo tan pronto como las palabras y el gemido de los muelles y el olor rancio a humo en la oscuridad regresaron del lugar a donde, por un momento, todas las cosas se habían retirado.

ASÍ

Aunque Marian, mi hermana, tiene dieciocho años y es cinco mayor que yo, estábamos más unidas y nos divertíamos más juntas que la mayoría de las hermanas. Y, más o menos, lo mismo sucedía con Dan, nuestro hermano. En verano íbamos los tres juntos a nadar. De noche, en invierno, era frecuente que jugáramos al *bridge* de tres o al Michigan, con cinco o diez centavos de apuesta. Los tres nos divertíamos solos más que ninguna de las familias que conozco. Así era siempre hasta que ha pasado esto.

Y tampoco era que Marian se mostrase condescendiente conmigo. Es una chica muy lista y ha leído más libros que nadie entre la gente que yo conozco, profesores incluidos. Pero en el instituto nunca le daba por coquetear ni por ir en coche con otras chicas y recoger a muchachos ni por aparcar en la heladería y todo ese tipo de cosas. Cuando no estaba leyendo, le gustaba jugar conmigo y con Dan. No era tan mayor como para despreocuparse de las tabletas de chocolate en el frigorífico ni para dormir tranquilamente la noche de Navidad, digamos, como hacen los adultos. En algunas cosas era como si yo misma tuviera más años que ella. Incluso cuando Tuck empezó a venir por casa el verano

pasado, fui yo quien le decía a veces que no llevara calcetines cortos porque quizá fueran al centro o quien le insistía para que se depilara el entrecejo como las otras chicas.

Dentro de un año, en junio, Tuck se graduará en la universidad. Es un chico larguirucho, de mirada ávida, y tan inteligente que se paga los estudios gracias a una beca. Empezó a salir con Marian el verano pasado, con el coche familiar cuando se lo dejaban, y se ponía trajes blancos de lino muy bien planchados. Vino mucho en esa época, pero este verano lo ha hecho todavía con más frecuencia: antes de marcharse aparecía todas las noches a ver a mi hermana. No tengo nada contra él.

Las cosas empezaron a cambiar entre nosotras dos hace algún tiempo, aunque no me di cuenta por entonces. Solo este verano, después de cierta noche, se me ocurrió por primera vez que quizá podríamos llegar adonde estamos ahora.

Aquella noche era ya tarde cuando me desperté. Al abrir los ojos pensé por un momento que faltaba poco para el amanecer y me asusté al ver que Marian no estaba en su lado de la cama. Pero se trataba solo de la luz de la

luna, que brillaba fría y blanca al otro lado de la ventana y hacía que las hojas de roble que bajaban hacia el jardín por delante de la casa parecieran tan negras y bien separadas unas de otras. Todavía estábamos a primeros de septiembre, pero no sentí ningún calor mirando la luz de la luna. Me tapé con la sábana y recorrí con los ojos las formas oscuras de los muebles en nuestro dormitorio.

Ese verano me había despertado muchas veces de noche. El caso es que Marian y yo siempre hemos compartido la habitación y cuando ella llegaba y encendía la luz para coger el camisón o lo que fuera, me despertaba. A mí me gustaba. Durante las vacaciones de verano no tenía que levantarme pronto para ir al instituto. A veces hablábamos durante mucho tiempo tumbadas en la cama. Me gustaba que me describiera los sitios donde Tuck y ella habían estado o reírme con ella de diferentes cosas. Muchas veces antes de aquella noche Marian me había hablado de Tuck como si yo fuese de su edad, preguntándome si me parecía que debía de haber dicho esto o aquello cuando él venía a casa y a veces me daba un abrazo después. Marian estaba de verdad loca por Tuck. Una vez me dijo: «Es tan encantador… Nunca pensé que pudiera conocer a nadie como él».

También hablábamos de nuestro hermano. Dan tiene diecisiete años y su idea era empezar el preparatorio para la Politécnica en otoño. Dan se había hecho mayor ese verano. Una noche no apareció hasta las cuatro de la madrugada y con unas copas de más. Papá estuvo de uñas con él la semana siguiente. De manera que se fue de excursión y estuvo acampando con otros chicos unos cuantos días. Solía hablar con Marian y conmigo de motores diésel y de irse a América del Sur y cosas por el estilo, pero ese verano estaba ya muy callado y apenas nos decía nada a ninguno de la familia. Dan es muy alto y tan flaco como un palillo. Ahora tiene bultos en la cara y es torpe y no muy guapo. Sé que a veces pasea solo de noche y que quizá llega hasta los pinares más allá de los límites de nuestro pueblo.

Estaba en la cama pensando en cosas así y preguntándome qué hora era y cuándo aparecería Marian. Aquella noche, después de que mis hermanos se marcharan, me había reunido en la esquina con algunos chicos del barrio para tirar piedras a los faroles y tratar de matar algún murciélago. Al principio, me daban escalofríos porque me imaginaba que eran vampiros pequeños como los de Drácula. Pero cuando vi que no

eran mucho más grandes que una mariposa nocturna me dio igual que los mataran o no. Estaba sentada en la acera, dibujando con un palo en la calle polvorienta, cuando Marian y Tuck pasaron muy despacio en coche. Mi hermana estaba pegada a él. No hablaban ni sonreían: solo iban muy despacio calle adelante, muy juntos, la mirada al frente. Cuando pasaron y vi quiénes eran, grité:

—¡Marian!

El automóvil siguió adelante muy despacio y nadie me respondió. Así que me quedé en mitad de la calle sintiéndome un poco estúpida, con todos los otros chicos a mi alrededor. Bubber, un niño odioso que vive en otra manzana de nuestra misma calle, se me acercó.

—¿Era tu hermana? —quiso saber.

Le dije que sí.

—Sí que iba pegada a ese chico —comentó.

Me enfadé muchísimo, como me sucede a veces. Me dejé llevar por la indignación y le tiré todas las piedras que tenía en la mano derecha. Bubber es tres años menor

que yo y no estuvo bien, pero en primer lugar nunca lo he soportado y además a él le pareció que estaba diciendo una cosa muy divertida sobre Marian. Empezó a agarrarse el cuello y a berrear, y yo los dejé plantados, me volví a casa y me preparé para acostarme.

Cuando me desperté, empecé también a pensar en aquello al cabo de un rato y tenía aún presente al pobre Bubber Davis, cuando oí el ruido de un coche que se acercaba a la manzana donde vivimos. Nuestra habitación da a la calle y el jardín que hay en medio es muy estrecho. Se ve y se oye todo lo que pasa en la acera y en la calle. El automóvil pasó con mucha lentitud por delante de la puerta principal y la luz de los faros se deslizó muy blanca y como a cámara lenta por las paredes de nuestro cuarto. Se detuvo en el escritorio de Marian, mostró con toda claridad los libros que estaban allí y medio paquete de chicles. Luego todo quedó de nuevo a oscuras y fuera solo brillaba la luna.

No se abrió la portezuela del coche, pero yo les oía hablar. Le oía a él, quiero decir. Pero como lo hacía en voz muy baja, no captaba el significado, tan solo que parecía explicarle algo a mi hermana una y otra vez. A Marian no le oí pronunciar ni una palabra.

Aún estaba despierta cuando oí que alguien se apeaba del coche. Marian dijo: «No te bajes». Y luego un portazo y el ruido de los tacones de mi hermana por el caminito hasta la puerta, rápido y ligero, como si corriera.

Mamá la estaba esperando en el pasillo delante de nuestra habitación. Había oído cerrarse la puerta de la calle. Siempre está atenta a cuando llegan Marian y Dan y nunca se duerme hasta que vuelven. A veces me pregunto cómo puede estar tumbada a oscuras durante horas sin dormirse.

—Es la una y media, Marian —dijo—. Tendrías que haber vuelto antes.

Mi hermana no dijo nada.

—¿Lo has pasado bien?

Mamá es así. Me la imagino en el pasillo con el camisón hinchado alrededor y dejando ver sus piernas con un blancor de muerto y venas azules marcadas, bastante desarreglada. Mamá queda mejor cuando se viste para salir.

—Sí, lo hemos pasado estupendamente —dijo Marian. Su voz sonaba curiosa, como el piano en el gimnasio del instituto, demasiado alto y agudo. Curiosa, ya digo.

Mamá le estaba haciendo más preguntas. ¿Adónde habían ido? ¿Se habían encontrado con algún conocido? Todas esas cosas. Mamá es así.

—Buenas noches —dijo Marian con aquella voz desafinada.

Abrió muy deprisa la puerta de nuestro cuarto y entró. Me dispuse a hacerle saber que no dormía, pero me callé. Su respiración era agitada y fuerte en la oscuridad y estuvo un buen rato sin moverse. Al cabo de unos minutos buscó a tientas su camisón en el armario y se metió en la cama. Entonces la oí llorar.

—¿Te has peleado con Tuck? —le pregunté.

—No —me respondió. Luego cambió de idea—. Sí, nos hemos peleado.

Si hay una cosa que siempre me da escalofríos es oír llorar a alguien.

—Yo que tú no me preocuparía. Seguro que hacen las paces mañana.

La luz de la luna entraba por la ventana y vi que Marian movía la mandíbula de un lado a otro y miraba al techo. La estuve mirando durante mucho tiempo. La luz de la luna lo enfriaba todo y había una brisa también fresca que entraba por la ventana. Me acerqué como hago a veces para abrazarla, pensando que quizá dejara de mover la mandíbula de aquella manera y también de llorar.

Marian temblaba de pies a cabeza. Cuando la toqué saltó como si la hubiera pellizcado, me apartó muy deprisa y me dio patadas en las piernas.

—No —dijo—. Hazme el favor.

Quizás había enloquecido de repente, se me ocurrió. Lloraba más despacio, pero con más sentimiento. Me asusté un poco, me levanté y fui un minuto al cuarto de baño. Mientras estaba allí miré por la ventana hacia la esquina de la calle donde está el farol. Entonces vi algo que tuve la seguridad de que a Marian le interesaría.

—¿Sabes? —le dije cuando volví a la cama.

Estaba lo más cerca del borde que podía ponerse, completamente rígida. No me contestó.

—El coche de Tuck está aparcado junto al farol de la esquina. Pegado a la acera. Lo sé por el maletero y los dos neumáticos de atrás. Lo he visto por la ventana del cuarto de baño.

Ni siquiera se movió.

—Debe de estar allí sentado. ¿Qué es lo que les pasa?

No dijo nada.

—No lo he visto, pero probablemente está sentado dentro del coche bajo el farol. Sin hacer nada.

Era como si no le importase o lo hubiera sabido todo el tiempo. Estaba lo más al borde de la cama que podía, las piernas extendidas y rígidas, las manos bien agarradas al borde del colchón y la cabeza sobre un brazo.

Siempre solía dormir despatarrada en mi lado de la cama, de manera que tenía que empujarla cuando hacía

calor y a veces encender la luz y trazar una línea en el centro y hacerle ver que de verdad invadía mi lado. Aquella noche no iba a necesitar ninguna raya, pensé. Me sentía mal. Estuve contemplando mucho tiempo la luz de la luna antes de dormirme.

Al día siguiente era domingo y mamá y papá fueron a la iglesia por la mañana porque se cumplían años de la muerte de mi tía. Marian dijo que no se encontraba bien y no se levantó. Dan había salido y me quedé sola, de manera que, como es lógico, fui a nuestra habitación, con Marian. Estaba tan blanca como la almohada y tenía unas ojeras muy grandes. En un lado de la cara le saltaba un músculo como si estuviera masticando. No se había peinado y el pelo le caía sobre la almohada, rojo brillante y desordenado, pero bonito. El libro que leía se lo acercaba mucho a la cara. No movió los ojos cuando entré. Me pareció que tampoco los movía por la página.

El calor era espantoso aquella mañana. El sol hacía que todo centellease, de manera que mirar fuera hacía que te dolieran los ojos. En nuestro cuarto el calor era tan intenso que casi se podía tocar el aire con los dedos. Pero Marian se tapaba incluso los hombros con la sábana.

—¿Va a venir Tuck hoy? —le pregunté. Trataba de decir algo que le hiciera alegrarse un poco.

—¡Dios santo! ¿Es que no se puede tener un poco de paz en esta casa?

Nunca solía decir cosas hirientes como aquella sin provocación previa. Cosas hirientes, quizá, pero no malhumoradas.

—Claro —respondí—. No te preocupes, nadie se va a fijar en ti.

Me senté y fingí leer. Cuando se oían pasos por la calle, Marian apretaba el libro con más fuerza y me di cuenta de que escuchaba con toda su alma. Yo distingo con facilidad unos pasos de otros. Sé incluso sin mirar si la persona que pasa es de color o no. En su mayor parte la gente de color hace ruido como de arrastrar los pies. Cuando los pasos se alejaban ya, Marian aflojaba el libro y se mordía los labios. Lo mismo con los coches.

Me daba pena. Decidí allí y entonces que nunca permitiría que una pelea con un chico hiciera que me sintiera tan mal ni que tuviera un aspecto tan horrible

como el de ella. Pero quería que mi hermana y yo volviéramos a ser las de antes. Los domingos por la mañana son ya bastante malos de por sí sin necesidad de añadirles otros problemas.

—Tú y yo nos peleamos mucho menos que la mayoría de las hermanas —dije—. Y cuando lo hacemos, se nos pasa en seguida, ¿no es cierto?

Murmuró algo y siguió con la mirada fija en el mismo lugar del libro.

—Eso está bien —dije.

Marian movía ligeramente la cabeza de lado a lado, una y otra vez, pero su expresión no cambiaba.

—Nunca estamos peleadas mucho tiempo como les pasa a las dos hermanas de Bubber Davis…

—No —respondió como si estuviera pensando en lo que le acababa de decir.

—Nunca nos hemos peleado tanto, que yo recuerde.

Al cabo de un minuto alzó la vista del libro por primera vez.

—Yo sí recuerdo una pelea así —dijo de repente.

—¿Cuándo?

Sus ojos parecían verdes sobre la negrura de las ojeras y como si se estuvieran clavando en lo que veían.

—Tuviste que quedarte en casa todas las tardes durante una semana. Fue hace mucho tiempo.

De pronto me acordé. No había pensado en ello durante mucho tiempo. Me negaba a recordarlo. Cuando Marian lo dijo se me vino todo a la memoria.

Hacía de verdad muchísimo tiempo: Marian tenía unos trece años. Si recuerdo bien, yo era mala e incluso más dura que ahora. A la tía a la que quería más que a todas las demás juntas le nació un hijo muerto y ella se murió. Después del funeral mamá nos explicó a Marian y a mí lo que había pasado. Las cosas nuevas que no me gustan me enfurecen siempre cuando me entero; me enfurecen muchísimo y me asustan. Sin embargo, no

era eso de lo que hablaba Marian. Unos cuantos días después de aquello, mi hermana empezó con lo que a las chicas mayores les pasa todos los meses y por supuesto me enteré y me llevé un susto de muerte. Mamá me lo explicó, así como lo que Marian tenía que llevar. Sentí lo que había sentido por la muerte de mi tía, solo que diez veces peor. También vi a Marian de otra manera, y estaba tan enfadada que quería arremeter contra la gente y golpearla.

No lo olvidaré nunca. Marian estaba en nuestro cuarto, delante del espejo del tocador. Cuando me acordé de su cara de entonces me di cuenta de que estaba tan blanca como ahora sobre la almohada, con las mismas ojeras y con el pelo, lustroso, cayéndole por los hombros, aunque más joven.

Yo estaba en la cama, mordiéndome una rodilla con fuerza.

—Se te nota —dije—. ¡Ya lo creo que sí!

Llevaba un suéter y una falda azul plisada y estaba tan flaca toda ella que se le notaba un poco.

—Cualquiera se dará cuenta. Sin hacer ningún esfuerzo. Basta con mirarte y cualquiera se dará cuenta.

En el espejo estaba muy pálida y no se movió.

—Resulta horrible. Yo no seré nunca así. Se nota mucho y todo eso.

Marian se echó a llorar y se lo dijo a nuestra madre y añadió que no iba a ir al instituto ni nada parecido. Estuvo llorando mucho tiempo. Así de mala y de dura era yo entonces y aún lo soy a veces. Por eso tuve que quedarme en casa todas las tardes durante una semana hace mucho tiempo…

Tuck se presentó con su coche aquel domingo antes de la hora del almuerzo. Marian se levantó, se vistió a toda velocidad, y ni siquiera se pintó los labios. Dijo que comía fuera de casa. Casi todos los domingos pasábamos el día en familia, de manera que aquello era un poco extraño. No regresaron a casa hasta muy avanzada la tarde. Cuando el coche reapareció los demás estábamos en el porche delantero tomando té helado a causa del calor. Después de que se apearan, papá, que había estado

de muy buen humor durante todo el día, insistió en que Tuck se quedara a tomar un vaso de té helado.

Tuck se sentó en el columpio de jardín con Marian, pero no se recostó ni apoyó los talones en el suelo, como si estuviera dispuesto a volver a levantarse en cualquier momento. Se cambiaba el vaso de mano una y otra vez y no paró de iniciar nuevas conversaciones. Marian y él no se miraron excepto de reojo y cuando lo hicieron no era como si estuvieran locos el uno por el otro. Era una mirada extraña. Casi como si tuvieran miedo de algo. Tuck se marchó en seguida.

—Ven a sentarte junto a tu papá, Gatita —dijo nuestro padre. Gatita es como llama cariñosamente a Marian cuando está de muy buen humor. Todavía le gusta mimarnos.

Marian fue a sentarse en el brazo de su sillón. Tan rígida como se había sentado Tuck, apartándose un poco, de manera que el brazo de papá no conseguía rodearle la cintura. Nuestro padre fumaba uno de sus puros y miraba hacia el jardín y los árboles, que empezaban a fundirse en la oscuridad del crepúsculo.

—¿Qué tal le van las cosas a mi chica grande en estos días?

—A papá todavía le gusta abrazarnos cuando está contento y tratarnos, también a Marian, como a niñas pequeñas.

—Bien —respondió ella. Se retorció un poco, como si quisiera levantarse y no supiera cómo hacerlo sin herir sus sentimientos.

—Tuck y tú han pasado muy bien este verano, ¿no es cierto, Gatita?

—Sí —dijo ella. Había empezado a mover la mandíbula de un lado para otro. Yo quería decir algo, pero no se me ocurría nada.

Papá dijo:

—Tendrá que volver a la Politécnica más o menos por estas fechas, ¿no es así? ¿Cuánto tiempo le queda?

—Menos de una semana —respondió Marian. Se levantó tan deprisa que le tiró a papá el cigarro

que sostenía entre los dedos. Ni siquiera se detuvo a recogerlo, sino que entró muy decidida en casa por la puerta principal. La oí llegar casi corriendo hasta nuestra habitación y el ruido que hizo al encerrarse dentro. Sabía que iba a echarse a llorar.

Hacía más calor que nunca. El jardín empezaba a quedarse a oscuras y el zumbido de las cigarras era tan agudo y continuo que no te dabas cuenta de que lo oías como no pensaras en ello. El cielo tenía un color gris azulado y los árboles en el solar al otro lado de la calle eran sombras oscuras. Me quedé en el porche con papá y mamá y oí cómo hablaban en voz baja aunque sin escuchar lo que decían. Quería ir a nuestro cuarto y hacer compañía a Marian, pero no me atrevía. Quería preguntarle cuál era el problema en realidad. ¿Lo terrible de la pelea con Tuck o que estaba tan loca por él que le entristecía su marcha? Durante un minuto pensé que no era ninguna de las dos cosas. Quería saberlo pero me daba miedo preguntar. De manera que seguí en porche con las personas mayores. Nunca me he sentido tan sola como aquella noche. Si alguna vez pienso en estar triste, solo tengo que recordar cómo me sentí entonces: allí sentada, mirando las largas sombras azuladas del jardín y

sintiendo que era la única hija que le quedaba a la familia y que Marian y Dan estaban muertos o se habían ido para siempre.

Ahora ya es octubre, el sol brilla mucho, pero el día es fresco y el cielo tiene el color de mi sortija de turquesas. Dan se ha ido a estudiar a la Politécnica. Tuck también. Pero no es en absoluto como el otoño último. Vuelvo del instituto (ahora voy allí) y Marian quizá está sentada junto a la ventana y lee o escribe a Tuck o mira a la calle sin hacer nada. Está más delgada y a veces su cara me parece la de una persona mayor. O como si algo, de repente, le hubiera sentado mal. Ya no hacemos las cosas que solíamos. El tiempo es estupendo para preparar dulce de leche y tantas otras cosas. Pero Marian se limita a no hacer nada o a dar largos paseos a última hora de la tarde cuando refresca, ella sola. En ocasiones sonríe de una manera que desanima a cualquiera: como si yo fuera una niña ignorante y todo eso. Y más de una vez tengo ganas de llorar o de darle un puñetazo.

Pero soy tan dura como la que más. Me las puedo arreglar sin nadie si es eso lo que quiere Marian o cualquier otra persona. Me alegro de tener trece años, de

llevar calcetines y de hacer lo que me apetece. No quiero crecer más si es para convertirme en otra Marian. Pero no sucederá. Nunca me va a gustar nadie tanto como a Marian le gusta Tuck. Nunca permitiré que ningún chico ni ninguna cosa me hagan comportarme como se comporta ella. Y no voy a perder el tiempo tratando de conseguir que mi hermana vuelva a ser como antes. Me siento sola, es cierto, pero no me importa. Sé que no hay manera de quedarme en los trece años toda la vida, pero sé que nunca dejaré que nada me cambie en absoluto, sea lo que sea.

Patino y monto en bicicleta y los viernes voy a los partidos de fútbol americano del instituto. Pero cuando una tarde todo el mundo se sentó en el gimnasio del sótano y empezaron a hablar de ciertas cosas, casarse y todo eso, me levanté en seguida para no oírlo y subí y me puse a jugar al baloncesto. Y cuando algunas de las chicas empezaron a decir que se iban a pintar los labios y a ponerse medias dije que yo no lo haría ni por mil dólares.

Ya ven que no seré nunca como Marian ahora. Por supuesto que no. Cualquiera que me conozca se dará

cuenta. Sencillamente no, eso es todo. No quiero crecer si es para acabar así.

“Su madre estaba de espaldas al sol, y detenía en parte el resplandor, de manera que pudo mirarla a los ojos. Eran del color del cielo con el frescor de la mañana. Ahora la miraban con una extraña quietud, una placidez vacía...

Colección
Lima Lee

